

El hombre desplazado, Tzvetan Todorov

(Traducción de Juana Salabert, Madrid, Taurus-Santillana, 2008)

Había terminado mis estudios universitarios en Bulgaria cuando se me presentó la ocasión de irme por algún tiempo a "Europa". Bulgaria no se encuentra, desde luego en Asia o en África. Pero ése era el nombre, pronunciado con avidez, que le dábamos a países como Alemania, Italia, Francia o Inglaterra. No lo dudé un segundo: París era, de entre todos los lugares del mundo, el sitio donde quería estar. Unos meses después, llegaba a la estación de Lyon.

¿Por qué París y por qué Francia? No por el idioma. El francés era en esa época la lengua occidental más enseñada (ha sido hoy día destronada por el inglés), pero ésa no fue una razón determinante en mi caso. Los búlgaros de la *intelligentsia* son conscientes del hecho de habitar un país pequeño; saben que apenas nadie, excepto ellos, hablan su lengua. De modo que suelen aprender varias lenguas extranjeras. Yo empecé a estudiar inglés por azar; aprendí después el ruso y el alemán. Sólo me puse de veras a estudiar francés cuando el viaje a París apareció en mi horizonte.

Bulgaria no tuvo en el pasado, demasiadas relaciones con Francia. Había mantenido tradicionalmente relaciones con Rusia y con Alemania: ésta está geográficamente más cerca de Bulgaria, y se ha mezclado históricamente con ella; nuestros reyes, hasta el fin de la II Guerra Mundial, eran unos "Saxo-Coburgo-Gotha", palabras cuya pronunciación constituía un desafío para nuestros labios infantiles. Los hijos (más raramente las hijas) de buena familia solían, antes de la guerra, marchar a Austria o a Alemania para estudiar, o simplemente para visitar "Europa". Algunos artistas o estudiosos habían escogido Francia (Nancy, creo), pero no eran forzosamente los más célebres: la educación alemana tenía la reputación de ser la más sólida.

¿Por qué entonces, elegía París? (...) Francia debía representar para nosotros algo así como una encarnación de ese ideal de vida civilizada.

¿Estaba la realidad a la altura de mis esperanzas? No faltaron las decepciones, por supuesto. Descubrí en mis colegas, investigadores o escritores, una mezcla de suficiencia y de ignorancia que me sorprendió. A veces el espíritu más provinciano venía acompañado por un orgullo nacional en absoluto justificado. No obstante, poquito a poco, fui volviéndome yo también un francés. Francia me es hoy tan familiar que la propia imagen que tengo de ella palidece, ya no sabría decir cómo es. Ciertamente no es una encarnación del bien, pero tampoco le pido tanto, y, por otra parte, mientras que sí creo en las encarnaciones (políticas) del mal, no pienso realmente que el bien pueda llegar a instalarse en ningún lado. Francia es un país entre otros, libre del mal que he conocido antaño, pero no de diversos otros defectos, reverso de sus cualidades, pero es ahora mi país.

Así es como me encontré un buen día escribiendo en francés, y no en alemán o en inglés. Más de treinta años me separan de la helada mañana de abril en la que llegué al andén de la estación de Lyon. Únicamente a mi regreso de viajes al extranjero (desde hace ya mucho tiempo Francia ha dejado de ser para mí el "extranjero"), siento, en esas autopistas que me llevan del aeropuerto a la ciudad, ese familiar encogimiento del corazón devolviéndome febril a la víspera de mi primera partida: ¡es París! ¡Llego a París! Y entonces compadezco a los que no lo conocen.

(p. 283-286)